

Quedarse quietos es perder

Iván Rüginitz Elissalde¹ - Frente Amplio (Uruguay)

*“Lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer;
en ese interregno se producen los más diversos fenómenos mórbidos.”*

Antonio Gramsci

El actual proceso de concentración de la riqueza y el poder económico, con fenómenos como la existencia de multimillonarios con pretensiones cada vez más explícitas de incidir directamente en los procesos políticos, revela tendencias globales de incremento de la desigualdad comparables a las de la época de la primera globalización y el imperialismo de fines del siglo XIX y principios del XX (Piketty, 2015). El modelo económico neoliberal imperante, que emerge con fuerza tras las crisis del petróleo de los años '70s y se consolida con la caída del bloque soviético en los '90s, ha configurado un capitalismo financiarizado, especialmente depredador e inestable, y una forma de globalización moldeada a fuerza de desregulación económica y liberalización comercial que, sin proponérselo, pone en riesgo el liderazgo histórico de occidente y sus propias condiciones económicas, políticas, sociales y ecológicas de existencia (Fraser, 2019). Allí encontramos las razones objetivas de la actual crisis de hegemonía, en el sentido gramsciano del término, que conduce al descontento social capitalizado políticamente por la ultraderecha en ascenso.

Para sorpresa de pocos, mientras la globalización modificaba el escenario económico global, habilitando el ascenso de China y otras potencias emergentes y posibilitando la salida de la pobreza para millones de personas, en el viejo centro económico de occidente se cocía el caldo de cultivo de un descontento social creciente, producto del desmantelamiento del Estado de bienestar y la pauperización de las condiciones de vida de las clases trabajadoras (Sanahuja, 2017). Con el abandono, por parte de las fuerzas progresistas que eran opción de gobierno en los países del centro, de un programa transformador que avanzara en la transferencia de poder y la mejora de las condiciones de vida de la clase trabajadora al comprometerse con el consenso neoliberal, los electores tuvieron que conformarse con elegir entre las dos opciones dentro de lo posible: el *neoliberalismo progresista*, que combinaba un “programa expropiador y plutocrático con una política meritocrática liberal de reconocimiento” donde la “igualdad era sinónimo de

¹ Estudiante avanzado de la Licenciatura en Desarrollo de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República de Uruguay, actualmente culminando su monografía de egreso.

meritocracia”, y no se trataba de “abolir la jerarquía social, sino a ‘diversificarla’” (Fraser, 2019:27); y el *neoliberalismo reaccionario*, con una visión excluyente de corte nacionalista, racista, xenófoba y heteropatriarcal.

En América Latina, las políticas de apertura y desregulación, aplicadas por las dictaduras cívico-militares de los años ‘70s y ‘80s y los gobiernos neoliberales de los ‘90s inspirados en el Consenso de Washington, profundizaron las características más regresivas del capitalismo periférico que caracteriza a la región, acentuando la heterogeneidad estructural que subyace a la desigualdad y exclusión crónica que sufren nuestros pueblos (Rodríguez Weber, 2018). A comienzos de siglo, la articulación entre condiciones económicas favorables, producto del *boom de las commodities*, y el triunfo de gobiernos progresistas, habilitaron un proceso de reducción de la pobreza y la desigualdad. Sin embargo dicho proceso, breve y poco profundo, encontró rápidamente sus limitaciones al no avanzar sobre la estructura productiva, e incluso profundizar su carácter extractivista y primarioexportador en muchos casos. Así, una vez finalizado el “viento de cola” con la caída del precio de nuestros principales productos de exportación, el modelo económico se enfrentó nuevamente a los problemas propios de la dependencia de la exportación de dichos productos, dada la alta volatilidad y ciclicidad de su demanda y precios internacionales. El contexto económico menos favorable, con sus correspondientes problemas fiscales, y una clase dominante con poder suficiente y siempre dispuesta a torcer el rumbo político, por los medios que fuera necesario, condujeron a que retomáramos la vieja receta del ajuste.

La crisis financiera de 2008 constituyó un parteaguas en los países del centro, y la falta de respuesta a los problemas económicos y sociales de las golpeadas clases medias y bajas por parte de los sistemas políticos, que insistían en recetas neoliberales, alimentó la narrativa anti-élites (Sanahuja, 2017), que se expresó por izquierda y derecha en movimientos como Occupy Wall Street y el Tea Party en EEUU o el Movimiento 15-M en España, entre otros. Es ese el contexto general de surgimiento de alternativas políticas de izquierda como Podemos en España, la Francia Insumisa o la candidatura de Bernie Sanders en EEUU. Pero también, y tal vez por las limitaciones encontradas por esas mismas alternativas, provocó el fortalecimiento de una ultraderecha que se encontraba agazapada en alianza con sus primos liberales, y que vio en la brecha de legitimidad creciente la oportunidad de quitarse la máscara. El crecimiento de Le Pen en Francia, el surgimiento de Vox en España, el Brexit y el triunfo de Trump en EEUU dan cuenta de este fenómeno, en lo que parece constituirse como un *populismo reaccionario*. Como suele suceder a los proyectos políticos con derivaciones fascistoides en nuestra época, una vez en el poder

estas fuerzas abandonaron rápidamente sus propuestas más ambiciosas en cuanto a la aplicación de políticas de corte populista en la disputa distributiva, y recrudecieron su faceta reaccionaria para sostener el apoyo de sus bases sociales, configurando un *neoliberalismo hiperreaccionario* en un intento por surfear la crisis de legitimidad sin tocar las bases mismas del sistema (Fraser, 2019).

Aquí me permito llamar la atención sobre la contradicción aparente de una ultraderecha que aboga por políticas de corte nacionalista y proteccionista en el norte, mientras sus expresiones locales continúan apostando por la apertura y el libre comercio. En primer lugar, cabe mencionar que la actual discusión entre libre comercio y proteccionismo en el viejo centro económico global expresa una disputa entre clases y fracciones de clase dominantes en el marco más general de reconfiguración del sistema internacional. En segundo lugar, y fundamentalmente, no debemos intentar extrapolar los debates y categorías del centro a la periferia de forma acrítica o automática. Como mencionamos, en nuestra región no se puede desligar la disputa distributiva de la necesaria transformación de nuestra matriz productiva. No es lo mismo declararse nacionalista en un país central, donde éste es un instrumento económico al servicio de parte de sus clases dominantes, y que a nivel social deriva rápidamente en expresiones racistas, nativistas o xenófobas; que ser patriota en un país periférico, donde las políticas de apertura y liberalización han sido impulsadas principalmente por las oligarquías nacionales ligadas a los intereses de los centros económicos, y las propuestas de carácter proteccionista o regionalista son una condición necesaria para la transformación de la matriz productiva y, por tanto, un pilar fundamental de cualquier proyecto emancipador.

Ahora bien, ante el avance de la derecha en el continente se está procesando un debate a la interna de las fuerzas progresistas en la región, entre una estrategia de moderación para intentar seguir siendo opción de gobierno y continuar gestionando el modelo dentro de sus márgenes, o la radicalización en un intento de superar dichas limitaciones y ofrecer una agenda renovada de transformaciones. Como bien dijo García Linera (2025), quedarse quietos es perder. Abordar seriamente la actual crisis de hegemonía requiere dar respuesta a sus causas fundamentales, lo cual difícilmente pueda realizarse en los estrechos márgenes del modelo económico neoliberal, ya sea en el norte o en el sur. En el contexto de creciente desigualdad y exclusión anteriormente descrito, un progresismo aferrado a lo conquistado se vuelve garante del statu quo, y pierde base de apoyo frente a una derecha mesiánica y demagógica que se presenta como alternativa.

Se requiere entonces de un proyecto de izquierda radical pero no anacrónico, capaz de proponer un nuevo horizonte de transformación. Dicha propuesta debe, en primer lugar,

superar la falsa dicotomía entre contradicciones “principales” y “secundarias” que alimentan el fraccionamiento de las grandes mayorías, capaces de constituir un bloque contrahegemónico que dé respuesta a los factores objetivos de la crisis. La derecha ha sido especialmente eficaz en “poner al penúltimo contra el último” como estrategia para encontrar chivos expiatorios que funcionen como válvula de escape del conflicto social. No debe caer la izquierda en ese juego, creyendo que su derrota es culpa de un feminismo, un ambientalismo o un antirracismo que “se pasó tres pueblos”. Enfrentar realmente la desigualdad y la exclusión requiere comprender que no se trata de un juego de suma cero, que las poblaciones que intentamos representar conviven con distintas formas de la desigualdad, y que esos distintos clivajes conforman un sistema integral que se reproduce gracias a cómo esas mismas formas afectan a distintos grupos sociales. Debemos ser capaces de identificar cada oportunidad de conseguir un avance para las grandes mayorías, lo que requiere eficiencia en la identificación del malestar social y las brechas de legitimidad, así como mucha pedagogía política. Solo una propuesta que logre combinar una redistribución igualitaria con reconocimiento incluyente podrá construir las mayorías necesarias que requiere la disputa actual (Fraser, 2019).

En segundo lugar, debe apuntar al lugar donde el enemigo de ultraderecha es más débil, su parte neoliberal. A diferencia de sus antepasados fascistas clásicos, que daban la batalla cultural (aunque no citaran a Gramsci) pero también sostenían cierto grado de bienestar económico para sus excluyentes bases sociales de apoyo, sus expresiones contemporáneas neoliberales no pueden sostener la mentira frente al hambre. Así, la izquierda debe ser capaz de posicionarse a la vanguardia en la respuesta a los problemas económicos y sociales derivados de la crisis climática, la automatización y robotización del trabajo, la informalidad y precariedad laboral, la transición demográfica y el envejecimiento poblacional, entre otros fenómenos que ponen en cuestión no sólo la sostenibilidad del sistema, si no también de las respuestas que estamos acostumbrados a dar. Se requiere audacia para dar respuesta a la crisis con soluciones que benefician a las mayorías: redistribuyendo la riqueza y el poder, garantizando una transición ecológica justa, fortaleciendo los sistemas de bienestar dando respuesta a la crisis de cuidados y pensiones, reduciendo el tiempo de trabajo y liberando tiempo para el ocio, la formación, el desarrollo personal y la participación política y, como sabemos fundamental, transformando nuestras estructuras productivas para superar la dependencia y dar sostenibilidad al proceso de cambio.

Referencias bibliográficas:

- Fraser, Nancy (2021). ¡Contrahegemonía ya! Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, Argentina.
- García Linera, Álvaro (16 de agosto de 2025). ¿Por qué la izquierda y el progresismo pierden elecciones?. La jornada. Recuperado de: <https://www.jornada.com.mx/noticia/2025/08/16/mundo/por-que-la-izquierda-y-el-progresismo-pierden-elecciones>
- Piketty, Thomas (2015). El capital en el siglo XXI. Fondo de Cultura Económica, México D.F., México.
- Rodríguez Weber, Javier (2018). Alta Desigualdad en América Latina: desde cuándo y por qué. Documento de trabajo N°51, Programa de Historia Económica y Social, Unidad Multidisciplinaria, Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.
- Sanahuja, José Antonio (2017). Posglobalización y ascenso de la extrema derecha: crisis de hegemonía y riesgos sistémicos. En Manuela Mesa (coord.), Seguridad internacional y democracia: guerras, militarización y fronteras, Anuario 2016-2017, CEIPAZ.